

**LETANÍAS MEDITADAS
DE LA PRECIOSA SANGRE**

Mes de julio a la preciosísima Sangre de Jesús

*Desde la Iglesia del Salvador de Toledo –España-
ofrecemos las “**LETANÍAS MEDITADAS
DE LA PRECIOSA SANGRE**” para realizar el ejercicio del
mes de julio a la preciosísima Sangre de Jesús.
Esperemos que sirva para alimentar la piedad
de muchos devotos de la Preciosísima Sangre
y para que cada vez sean muchos más
los que amen esta devoción.*

Toledo, 21 de junio de 2022
En la fiesta de San Luis Gonzaga, confesor

Mes de julio a la preciosísima Sangre de Jesús

+Por la señal de la Santa Cruz, de nuestro enemigos, líbranos, Señor, Dios nuestro. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ante Jesús Sacramentado, visitándolo en el Sagrario ya presencialmente, ya espiritualmente, recitemos la siguiente oración compuesta por san Alberto Magno:

ORACIÓN A LA PRECIOSA SANGRE DE JESÚS de San Alberto Magno

Yo te adoro, Oh Preciosa Sangre de Jesús, flor de la creación, fruto de virginidad, instrumento inefable del Espíritu Santo, y me regocijo al pensar que tú viniste de la gota de la sangre virginal sobre la cual el amor eterno imprimió su movimiento; Tú fuiste asumida por la Palabra y deificada en Su persona.

Yo estoy embargado de emoción cuando pienso de tu paso del corazón de la Santísima Virgen al corazón de la Palabra, y, siendo vivificada por el aliento de la Divinidad, volviéndote adorable porque te volviste la sangre de Dios.

Yo te adoro dentro de las venas de Jesús, preservada en su humanidad como el maná en la urna de oro, el memorial de la Redención eterna que Él cumplió durante los días de su vida terrenal. Yo te adoro, Sangre de la nueva y eterna alianza, fluyendo de las venas de Jesús en Getsemaní, de la carne arrancada por los latigazos en el Pretorio, de sus manos y pies perforados y de su costado abierto en el Gólgota. Yo te adoro en los

Sacramentos, en la Eucaristía, donde yo sé que estás sustancialmente presente...

Pongo toda mi confianza en Ti, Oh Sangre adorable, nuestra Redención, nuestra regeneración. Cae, gota a gota, en los corazones que se han alejado de Ti y suavízalos de su dureza.

Oh adorable Sangre de Jesús, lava nuestras manchas, sálvanos de la ira del ángel vengador. Irriga la Iglesia; hazla fructífera con apóstoles y trabajadores de milagros, enriquecéla con almas que sean santas, puras y radiantes con belleza divina. Amén.

A continuación se hace la meditación correspondiente a cada día y se puede concluir con las letanías de la Preciosísima Sangre o alguna otra oración.

LETANÍAS DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE CRISTO

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.

Dios Padre celestial,
R/. Ten misericordia de nosotros.
Dios, Hijo, Redentor del mundo,
Dios, Espíritu Santo,
Trinidad Santa, un solo Dios,

1. Sangre de Cristo, Sangre del Unigénito del Padre Eterno. **R/. Sálvanos.**

2. Sangre de Cristo, Sangre del Verbo Encarnado
3. Sangre de Cristo, de la nueva y eterna Alianza.
4. Sangre de Cristo, corriendo por la tierra en la agonía
5. Sangre de Cristo, brotando en la flagelación
6. Sangre de Cristo, emanado en la coronación de espinas
7. Sangre de Cristo, derramada en la Cruz
8. Sangre de Cristo, el precio único de nuestra salvación
9. Sangre de Cristo, sin la cual no hay perdón
10. Sangre de Cristo en la Eucaristía, bebida y baño de las almas
11. Sangre de Cristo, Fuente de Misericordia
12. Sangre de Cristo, vencedora de los demonios
13. Sangre de Cristo, fortaleza de los mártires
14. Sangre de Cristo, fuerza de los confesores
15. Sangre de Cristo, que engendra vírgenes
16. Sangre de Cristo, constancia de los tentados
17. Sangre de Cristo, alivio de los enfermos
18. Sangre de Cristo, consuelo de los que lloran
19. Sangre de Cristo, esperanza de los que hacen penitencia
20. Sangre de Cristo, alivio de los moribundos
21. Sangre de Cristo, paz y dulzura de los corazones
22. Sangre de Cristo, prenda de la Vida Eterna
23. Sangre de Cristo, que libera a las almas del Purgatorio
24. Sangre de Cristo, dignísima de toda gloria y honor

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo
R/. Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo
R/. Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo

R/. Ten misericordia de nosotros.

V/. Señor, Tú nos redimiste en tu Sangre

R/. E hiciste de nosotros un Reino para Dios y Padre tuyo.

Oremos.

Omnipotente y Sempiterno Dios, que constituiste a tu Unigénito Hijo Redentor del mundo y quisiste aplacarte con su Sangre; te suplicamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra Redención, que por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la vida presente, ¡para que gocemos en el cielo de su fruto eterno! Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/. Amén.

1. Sangre de Cristo, Sangre del Unigénito del Padre Eterno

Todo en la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo es digno de adoración. Él es Dios, Dios hecho hombre, verdadero hombre y verdadero Dios. Nos llena de asombro, admiración, confusión y agradecimiento que Dios se haya hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación. Quiso tomar un cuerpo para ofrecerlo por nosotros como sacrificio y quedarse presente en el Santísimo Sacramento. Quiso ser hombre verdadero y que por sus venas corriera la sangre que derramaría copiosamente por nosotros en su pasión.

Adoramos su santa humanidad, adoramos su alma nobilísima, su cuerpo perfecto y sin pecado, adoramos cada uno de sus sagrados miembros: su cabeza que había de ser coronada de espinas, sus manos y sus pies que habían de ser traspasados por los clavos, adoramos su santo cuerpo presente en el Santísimo Sacramento, adoramos su Corazón Sacrosanto traspasado por la lanza, adoramos su preciosa Sangre derramada sobre la tierra para nuestra redención. Adoramos y agradecemos su voluntad libérrima en hacerlo todo por nuestro amor; pues Él mismo afirma: “Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego porque así lo quiero.” (Juan 10, 18).

PROPÓSITO: Visitar a Jesús Sacramentado y adorar particularmente su Preciosa Sangre.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Sangre del Unigénito del Padre Eterno, sálvanos.

2. Sangre de Cristo, Sangre del Verbo Encarnado

Aquel que es el Verbo del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, se hace hombre verdadero y nos habla con palabras que podemos entender. Durante tres años predicará la Verdad, aquel que es la misma Verdad. Pero todo en la vida de Cristo es predicación, enseñanza, exhortación. Hasta los mínimos detalles que nos narran los evangelistas son Evangelio. Incluso aquello mismo que no narran y la Tradición nos ha legado. Es más, aquello mismo que, por sentido común, podemos saber y conocer acerca de su santa humanidad.

Y ¿su sangre? ¿No nos dice nada? La Sangre de Cristo clama reparación al Padre por el pecado de la humanidad. La Sangre de Cristo predica el amor de Dios al hombre. La Sangre de Cristo manifiesta el valor que tenemos a los ojos de Dios. La Sangre de Cristo denuncia la maldad del corazón humano. La Sangre de Cristo exige correspondencia: entregar también nosotros toda nuestra vida e incluso nuestra sangre por Él, que nos amó primero. Por eso, interroga a los hijos del Zebedeo: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” (Mateo 20, 22).

PROPÓSITO: Hacer algún sacrificio corporal (pequeño ayuno, por ejemplo) en correspondencia a la Sangre de Cristo derramada por nosotros.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Sangre del Verbo Encarnado, sálvanos.

3. *Sangre de Cristo, prefigurada en los sacrificios de la antigua ley*

El sacrificio es la máxima expresión de la virtud de la religión. Por medio del sacrificio, el hombre ofrece a Dios una realidad sensible como homenaje de adoración, de expiación de los propios pecados, agradecimiento y petición. En el Antiguo Testamento, Dios estableció los sacrificios que el pueblo de Israel había de ofrecerle. Sacrificios que manifestaban el deseo del pueblo de hallar gracia ante Dios, pero que, por sí mismos, eran ineficaces.

Todo ello era figura y anuncio del único sacrificio que tiene el poder de salvar: el Sacrificio de la Cruz, porque es el sacrificio del Dios hecho hombre. El Sacrificio de Cristo en la Cruz, por ser verdadero hombre, es verdadero sacrificio; y por ser verdadero Dios, es sacrificio de valor infinito capaz de pagar la infinita deuda de nuestro pecado. Este único sacrificio se renueva sacramentalmente de forma incruenta bajo las apariencias de pan y vino cada vez que se celebra la santa misa.

La santa misa es verdadero y real sacrificio donde se realizan las figuras del Antiguo Testamento: sacrificio de expiación, sacrificio de alabanza y sacrificio de comunión, donde la sangre del Cordero Inmaculado se ofrece a Dios por nosotros y se nos da en bebida. *“Éste es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros para el perdón de los pecados”* (Mateo 26, 28).

PROPÓSITO: Asistir a la santa misa con la mayor piedad, recogimiento, unción y atención ofreciéndonos con nuestra vida, trabajos y sufrimientos junto con Cristo que ofrece su sangre al Padre.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, prefigurada en los sacrificios de la antigua ley, sálvanos.

4. *Sangre de Cristo, Cordero Inmaculado*

El cordero pascual tiene un cumplimiento perfecto en Cristo. Moisés dio instrucciones al pueblo de Israel sobre lo que debían preparar para salir de Egipto: todo un ritual solemne. El cordero debía ser sin defecto, macho, de un año, sacrificado al atardecer. Con su sangre se había de señalar las casas de los israelitas. La comida se debía hacer de pie, ceñida la cintura. La carne asada al fuego junto con las hierbas amargas son imágenes de la Pasión.

San Juan Bautista señala a Jesús en medio de la multitud como el Cordero que quita el pecado del mundo. Su sacrificio en la cruz y el derramamiento de su preciosa sangre nos ha liberado de la muerte eterna, nos lava del pecado y nos justifica para que podamos, libres de tal esclavitud, entrar en la tierra prometida del cielo.

Jesucristo, Cordero Inmaculado, es también nuestro eterno Sacerdote. Así lo declara la carta a los Hebreos (7, 25-27): *“Él es todopoderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos. Porque convenía que tuviéramos tal sumo sacerdote: santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos, que no necesita, como aquellos sumos sacerdotes, ofrecer sacrificios diariamente; porque esto lo hizo una vez para siempre, cuando se ofreció a sí”*.

PROPÓSITO: Purificar nuestras intenciones para que todo cuanto vivamos en este día sea un sacrificio puro, santo y agradable a Dios.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Cordero Inmaculado, sálvanos.

5. *Sangre de Cristo, Sangre de la Virgen María*

La sangre de Jesús y toda su realidad corporal tienen su origen en María que por la acción del Espíritu Santo concibió en sus entrañas al Hijo de Dios. Con ello, no podemos decir que materialmente la sangre de Jesús es la misma que la sangre de María, pero sabemos la unidad que existe entre toda madre y su hijo desde el momento de la concepción. Esta unidad tan estrecha se da de forma única entre Jesús y María, por la singularidad de sus personas, y a pesar del abismo infinito que les separa: Jesús es Dios hecho hombre, y ella, criatura. San Juan Eudes para hablar de la unidad de voluntad de Jesús y María dirá que “*no son dos corazones, sino un solo corazón*” porque laten al unísono y ambos se mueven por un mismo amor: amor a Dios Padre sobre todas las cosas y amor a los hombres hasta entregarse por ellos.

La Virgen sufrió martirio místico y espiritual asociada a su Hijo en la cruz. Esa asociación es el motivo por el que se llama a la Virgen Santísima Corredentora y se extiende a una singular participación en la pasión de su Hijo, tal como le anunció el anciano Simeón.

¿No hubiese derramado María Santísima por amor a Dios y por nuestra salvación su sangre inmaculada? Sí, lo hubiese hecho, si Dios así lo hubiese pedido. Pero el sacrificio que se le pidió fue mayor: no ofrecer su vida, sino ofrecer la Vida de su vida, a su propio Hijo.

PROPÓSITO: Grabar en nuestro corazón la resolución de los santos: “Antes morir que pecar”; y ofrecer algún sacrificio, limosna u oración para pedir perdón por los pecados pasados y presentes.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Cordero Inmaculado, sálvanos.

6. *Sangre de Cristo, derramada por primera vez en la circuncisión.*

La Sangre de Cristo es derramada por primera vez en la circuncisión del Niño Jesús a los ocho días de nacer. Adoramos esta primera efusión de la sangre de Cristo sobre el mundo para nuestra salvación y contemplamos desde la fe este misterio. Pues, esta sangre derramada era exigida por la ley del pueblo de Israel, que por un lado evoca la ofrenda de la propia vida al Creador y señala con una marca en el propio cuerpo la pertenencia a Dios y a su pueblo santo. Esta sangre derramada en la Circuncisión da cumplimiento a la alianza de Dios con Abraham, pues Jesús es el verdadero Hijo de la promesa y, por el derramamiento de su sangre en la cruz, formará una descendencia más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas de la playa: la Iglesia, la familia de Dios.

El misterio de esa primera sangre derramada por el niño Jesús queda de manifiesto en su nombre: “le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1, 21)

PROPÓSITO: Renovar nuestras promesas bautismales y esforzarnos en vivir como hijos de Dios, apartando de nosotros todo aquello que es indigno de nuestra condición, pues “*lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino la criatura, nueva criatura*” (Gal 6, 15).

JACULATORIA: Sangre de Cristo, derramada por primera vez en la circuncisión, sálvanos.

7. *Sangre de Cristo, fuente de vida eterna*

La Sangre de Cristo es fuente de vida eterna y resurrección. Así lo declara Jesús en su discurso del Pan de vida tras la multiplicación de los panes. “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí” (Juan 6, 53-57).

Cada vez que recibimos la Sagrada Comunión, aunque sea solamente bajo una especie, recibimos completamente a Jesús: su carne, sangre, alma y divinidad. Si comulgamos bien y en las debidas disposiciones, este sacramento, como verdadero alimento y bebida, estrecha más y más nuestra unión con Cristo y con su Iglesia, fortalece y renueva la vida sobrenatural en nosotros y nos impulsa en la caridad con el prójimo. Este sacramento, como el fuego que purifica, nos perdona los pecados veniales y, como un escudo sobrenatural, nos preserva del pecado mortal. No hay mayor unión posible con Dios en esta vida que a través de la Sagrada Comunión: donde recibimos al mismo Cristo y con Él toda gracia y bendición. Como el pueblo de Israel en el desierto nosotros, peregrinos en este valle de lágrimas, recibimos el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor en nuestro camino hacia el cielo uniéndonos de algún modo, todavía no perfecto, a Dios y a la Iglesia triunfante de la Virgen y los santos.

PROPÓSITO: Preparar debidamente y agradecer la Sagrada Comunión, y hacer a menudo la comunión espiritual: “Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y el fervor de los santos.”

JACULATORIA: Sangre de Cristo, fuente de vida eterna, sálvanos.

8. Sangre de Cristo, de la nueva y eterna Alianza.

Nuestro Señor Jesucristo, en la última cena, no realiza la cena de la pascua judía, sino su propia pascua en la que instituye el sacrificio de la nueva alianza en la que Él mismo es la víctima, el altar y el sacerdote. Él adelanta de forma sacramental, bajo las apariencias del pan y del vino, su sacrificio cruento que horas más tarde iba a ofrecer en la cruz. Las palabras que pronuncia sobre las ofrendas del pan y del vino lo declaran: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros” y “Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la nueva y eterna alianza que se derrama por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados”.

“Haced esto en memoria mía”. Es el mandato a sus apóstoles consagrados sacerdotes de la nueva alianza de renovar diariamente el sacrificio del Señor celebrando la santa misa.

El sacrificio de la Cruz y el sacrificio de la misa son un único sacrificio. Son idénticas la víctima y el oferente y sólo es distinto el modo de ofrecerse: de manera cruenta en la cruz, incruenta en la Eucaristía.

El sacrificio de Cristo renovado hasta el final de los tiempos por manos de sus sacerdotes “ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos”.

PROPÓSITO: Recitar en la comunión la oración “*Alma de Cristo.*”

JACULATORIA: Sangre de Cristo, de la nueva y eterna Alianza, sálvanos.

9. Sangre de Cristo, corriendo por la tierra en la agonía

En la oración en el Huerto de los Olivos, Cristo suda sangre y agua. Tras la última cena lleva a sus discípulos al Huerto de los Olivos. Allí les encomienda que oren con Él y se retira. Su santa humanidad experimenta el miedo y pavor ante los sufrimientos de la pasión. El tentador posiblemente sugiera la duda acerca del amor del Padre, el sentido de tanto dolor, el fruto de la pasión. Y a pesar de ello, Nuestro Señor se adhiere con su voluntad humana a la voluntad del Padre. Acepta el cáliz amargo de la pasión para salvarnos, “haciéndose obediente hasta la muerte” (Filipenses 2, 8).

Adoremos esa sangre preciosa que el Redentor vierte en su agonía y acordémonos de ella en nuestra debilidad, cansancio y desánimos. Por la fuerza salvadora de esa sangre, vertida en la oración en el huerto, unamos nuestra voluntad a la voluntad de Dios en el cumplimiento exacto de sus mandamientos.

Es interesante saber que la palabra “agonía”, en griego, significa “estar dispuesto para el combate”. Cristo vertió sudor con gotas de sangre como un soldado dispuesto para la batalla.

PROPÓSITO: Hacer la Hora Santa o un tiempo de oración acompañando a Jesús en este misterio del Huerto de los Olivos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, corriendo por la tierra en la agonía, sálvanos.

10. Sangre de Cristo, brotando en la flagelación

Comienza a brotar la sangre de Cristo como un manantial salido de su cuerpo sobre el mundo, cuando Pilato lo entrega a la tropa para que le dé un escarmiento terrible para calmar así el odio y la sed de sangre de las turbas judías que pedían la muerte del Redentor.

Jesús fue atado con cuerdas gruesas y resistentes, las manos por encima de la cabeza, de manera que no pudiera cubrirse con sus brazos. El látigo, formado por tres correas de cuero, terminaba en dos bolas de plomo alargadas a veces, incluso, con forma dentada. El número de latigazos, según la ley hebrea, era de 39 más 1. Los romanos no tenían límite alguno al número de latigazos: el fin de la flagelación era el castigo dejándolo irreconocible y lleno de heridas y sangre. Solamente había una condición: el dejarlo con vida.

La flagelación era terrible hiriendo la piel, la carne de los músculos pero también los mismos huesos y órganos. Nuestro Señor era sólo dolor.

El suelo de aquel lugar fue un lago de sangre.

Adoremos esta Sangre preciosa derramada en la flagelación. Adoremos el exceso de amor de Jesús por nosotros. Rechacemos el pecado. Pidamos perdón por tantas recaídas en los mismos vicios. Reparemos la falta de propósito de enmienda en nuestras confesiones.

PROPÓSITO: Hacer examen de conciencia acerca de nuestras confesiones pasadas.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, brotando en la flagelación, sálvanos.

II. **Sangre de Cristo, emanando en la coronación de espinas**

Los soldados llevaron a Cristo hacia el interior del pretorio, le quitaron sus ropas echándole por encima un manto de color púrpura, le colocaron una corona de espinas que fue trenzada por ellos mismos. La corona de espinas tenía forma de casquete, confeccionada por ramas vegetales, y Jesús la llevó hasta ser bajado de la cruz. Las duras y punzantes espinas debían tener aproximadamente 2 centímetros y medio, y ocasionaron múltiples lesiones punzantes en el cuero cabelludo, el cráneo y la cara de Jesús, con heridas sangrantes que cubrieron de sangre todo el rostro de Jesús.

Todo ello era una burla satánica al Rey de reyes y Señor de Señores.

Adoremos esa bendita Sangre derramada por nosotros y adoremos a nuestro Rey que con tanto dolor y sufrimiento nos ha rescatado del pecado y del dominio de Satanás. Ofrezcámosle nuestra obediencia a sus mandamientos, yugo suavísimo para las almas santas. Reparemos tantos pecados de soberbia, de amor propio, de deseos de relevancia y aceptación malsana. Reparemos también nuestras rebeldías y respetos humanos. Arrojemos tantos malos pensamientos y vanos de nuestra mente, y pidamos la gracia de vivir cada instante en la presencia de Dios.

PROPÓSITO: Renovar durante el día la presencia de Dios, pues en él nos movemos y existimos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, emanando en la coronación de espinas, sálvanos.

12. Sangre de Cristo, derramada en la Cruz

Tendido sobre la cruz, clavadas y atadas sus manos al madero, sus pies taladrados con clavos punzantes, durante tres horas suspendido sobre la cruz, hecho una llaga viva emanando sangre, Nuestro Señor Jesucristo exclamó “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” y dando un fuerte grito expiró.

Y desde aquella hora, la cruz es motivo de gloria para nosotros, porque como canta la Iglesia: “Ella sostuvo el sacrosanto cuerpo que al ser herido por la dura lanza derramó sangre y agua en abundancia para lavar con ellas nuestras culpas.”

En el Monte Calvario, -monte de la calavera-, donde la tradición judía afirma que fue sepultado Adán, brotó una fuente de vida; y aquel que bajo un árbol perdió la vida para él y para su descendencia por la desobediencia, la recupera debajo del árbol de la Cruz por la sangre derramada por el Hijo de Dios.

Con la Virgen María, adoremos esta sagrada Sangre, y aceptemos la cruz y el sufrimiento de cada día. Con el discípulo amado, meditemos tan augusto misterio y adentrémonos en ese Corazón abierto para conocer y tener los mismos sentimientos de Cristo. Con Santa María Magdalena, lloremos nuestra ingratitud y pecados, reparemos con amor tanto desamor.

PROPÓSITO: Dedicar un tiempo a meditar en el exceso de amor de Jesucristo al querer morir por nosotros y derramar toda su Sangre por nosotros.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, derramada en la Cruz, sálvanos.

13. Sangre de Cristo, el precio único de nuestra salvación

A veces, nuestra superficialidad y las experiencias dolorosas de la vida, nos hacen dudar del amor de Dios, pudiéndonos sentir abandonados de él.

No terminamos de creernos la inmensidad del amor de Dios por nosotros. Miremos al Crucificado y lo que él tuvo que pagar para rescatarnos del Maligno, para librarnos de la condenación.

“Fuisteis liberados de vuestra conducta inútil, heredada de vuestros padres, -afirma el apóstol san Pedro - pero no con algo corruptible, con oro o plata, sino con una sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto y sin mancha, Cristo.” (I Pedro 1, 18-19).

¿Cuánto valemos para Dios? ¿Cuál es nuestro precio? La sangre del Hijo de Dios. Tenemos un precio divino.

Y en cambio, ¡qué baratos nos vendemos después de haber sido rescatados y liberados a tan alto coste!

“Huid de la inmoralidad (...) pues habéis sido comprados a buen precio”, escribe el Apóstol a los Corintios (Cfr. 1, 18-20) Por tanto, ¡glorificad a Dios!”

PROPÓSITO: Dar una limosna a un pobre, recordando el precio de nuestra salvación.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, derramada en la Cruz, sálvanos.

14. **Sangre de Cristo, sin la cual no hay perdón**

Los judíos ofrecían sacrificios para impetrar a Dios el perdón de sus faltas, pero aquellos sacrificios eran ineficaces por sí mismos. En tiempos de Juan Bautista, las gentes acudían a ser bautizados para que se le perdonasen los pecados, pero aquel bautismo no santificaba.

Para el hombre es imposible alcanzar el perdón de Dios por sus propios medios, porque la deuda del pecado es infinita.

Fue necesaria la Encarnación del Hijo de Dios, los méritos de Pasión y Muerte, su Sangre Preciosa derramada hasta el extremo, para satisfacer la injusticia infinita de nuestras culpas.

El hombre de hoy cree no tener pecados. Es más, presume de ellos en una sociedad totalmente dominada por las pasiones. El pecado privado se ha convertido en “virtud” pública de una sociedad sin Dios, sin moral, sin principios ni valores. El olvido de Dios nos lleva más que a la muerte, y muerte eterna.

Es en la Sangre de Cristo, en la cual hallamos el perdón y la vida. Cada vez que respondemos a la gracia de la conversión y acudimos al sacramento de la confesión, somos limpiados y purificados por esta Sangre que lava los pecados.

¡Y cuánta obstinación en no querer confesar! Al sacerdote, vamos a acusarnos, para ser liberados.

PROPÓSITO: Rezar por la conversión de los pecadores y si tenemos oportunidad invitarlos a acudir al sacramento de la penitencia.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, sin la cual no hay perdón, sálvanos.

15. **Sangre de Cristo en la Eucaristía, bebida y baño de las almas**

En el sacramento de la Eucaristía, bajo las apariencias del pan y del vino, está Nuestro Señor Jesucristo real, verdadera y sustancialmente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; el mismo Verbo del Padre que desde siempre existe, el mismo que nació de la Virgen Santísima, el mismo que murió en la Cruz, el mismo que está resucitado y glorioso en el cielo.

Este es el misterio de fe. Y Él está presente todo e íntegro en cada especie eucarística y en cada una de sus partes; así que al recibirlo en la comunión bajo las especies del pan consagrado, recibimos también su sangre preciosa.

Todos hemos experimentados la sed y el goce de un vaso de agua fresca en una tarde calurosa; pues más goce espiritual es la comunión de la Sangre de Cristo para las almas santas, sedientas de eternidad, de consuelo, de paz, de amor.

Y ¡qué agilidad produce el baño al despertarse del sueño tras la noche larga y qué sensación de bienestar tenemos al tomar un baño después de una jornada llena de trabajo y sudor! Pues así, la bebida de la sangre de Cristo da agilidad a las almas para el cumplimiento diario de las obligaciones cotidianas y es descanso y solaz en medio del esfuerzo y la pesadez del día a día. La sangre de Jesús nos comunica su vida, su fuerza y su fecundidad divina, es medicina y bebida reconfortante.

PROPÓSITO: Privarse de beber por un tiempo o de una bebida concreta que nos agrada para avivar nuestra sed de la Sangre de Cristo.

JACULATORIA: Sangre de Cristo en la Eucaristía, bebida y baño de las almas, sálvanos.

16. *Sangre de Cristo, Sangre que habla mejor que la de Abel*

El primer crimen fratricida da comienzo a una mar inconmensurable de sangre inocente vertida por la maldad del corazón humano, llevado por la envidia, la avaricia, la lujuria, la ira y el odio.

La sangre de los inocentes grita al cielo y a la justicia divina. Así dice Dios: “Quien derrame la sangre de un hombre, por otro hombre será su sangre derramada; porque a imagen de Dios hizo Él al hombre” (Génesis 9,6).

¡Qué fácilmente acusamos a las generaciones pasadas de ser crueles creyéndonos sin criterio alguno las mentiras históricas! ¿Y nuestra época? ¿Somos más respetuosos con la vida de nuestro prójimo? Ciertamente, no. Somos todavía más violentos asesinando a los niños en el seno materno, ejecutando a los ancianos en su enfermedad, callando ante las masacres de cristianos en el mundo musulmán, sonriendo ante los gobiernos totalitarios que persiguen, acosan, maltratan a inocentes, colaborando sin escrúpulo alguno en las estructuras de pecado... Y lo que es más grave es que disimulamos todo esto con eufemismos: interrupción voluntaria del embarazo, muerte digna, alianza de civilizaciones, tolerancia, modernidad...

La Sangre de Cristo es la sangre del que es la misma inocencia y santidad, sin pecado alguno. Su sangre fue exigida por la turba democrática que vociferaba: “Crucifícale, crucifícale”. La sangre de Cristo clama justicia ante los que le dieron muerte: los judíos de aquel entonces y a todos los hombres con nuestros pecados.

Pero no desesperemos: Aquél a quien dimos muerte, ha resucitado para darnos el perdón. “¿Qué hemos de hacer?”, preguntaron los judíos a Pedro la mañana de Pentecostés. “Convertíos” y “salvaos de esta generación perversa” (Cfr. Hechos 2, 38-40).

PROPÓSITO: Colaborar con nuestra oración, dinero, tiempo o propaganda, en la medida de lo posible, con asociaciones católicas que protejan a los más indefensos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Sangre que habla mejor que la de Abel, sálvanos.

17. Sangre de Cristo, derramada por nosotros y por muchos, sálvanos

Nuestro Señor Jesucristo murió por todos los hombres. Su muerte tiene valor salvífico universal. Pero Él mismo, al instituir el sacramento de la Eucaristía el Jueves Santo, quiso recalcar que no todos los hombres –a causa de su libertad– se beneficiarían de su sangre redentora: “ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mateo 26, 28). “Dios quiere que todos los hombres se salven” (1 Timoteo 2,1), pero no todos los hombres quieren salvarse.

La sangre de Jesús se derramó por todos los hombres, pero particularmente por nosotros que hemos recibido la fe y podemos recibirle en la Sagrada Comunión porque Él nos ha llamado, escogido y sentado a su banquete.

La sangre de Jesús se derramó por todos los hombres, pero son muchos los que abiertamente le rechazan y muchos también los que todavía no le conocen y esto es para nosotros una llamada urgente a orar por la conversión de los pecadores y a darlo a conocer a quienes no han oído hablar de Él: “Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, llamadlos a la boda” (Mateo 22, 9).

La sangre de Jesús se derramó por nosotros y por muchos: mención personal de uno de nosotros, pero también de todos aquéllos que en el pasado, en el presente y en el futuro han recibido y recibirán el don de la fe. “Vi una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas”, nos dice el libro del Apocalipsis de San Juan (Apocalipsis 7, 9).

PROPÓSITO: Ofrecer la santa misa o algún otro sacrificio por la conversión de los herejes y cismáticos, y por los pobres pecadores.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, derramada por nosotros y por muchos, sálvanos.

18. Sangre de Cristo, Fuente de Misericordia

“Beberéis aguas con gozo en las fuentes del Salvador” (Isaías 12, 3). Con estas palabras, el profeta Isaías prefiguraba simbólicamente los múltiples y abundantes bienes que el Mesías había de traer consigo y que podemos aplicar al Corazón de Jesús de la cual brotaron sangre y agua, símbolos de los sacramentos. Del costado traspasado del Señor brota su sangre como una fuente perenne de misericordia de la cual podemos beber cada vez que nos acercamos a recibir los sacramentos: signos sensibles instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para comunicarnos la gracia.

Es la Sangre de Cristo la que nos limpia del pecado original y nos hace hijos de Dios y miembros de su Iglesia, en el Bautismo.

Es la Sangre de Cristo la que nos fortalece en el combate cristiano con la fuerza del Espíritu Santo, en la Confirmación.

Es la Sangre de Cristo la que nos borra los pecados y paga nuestras deudas, en el sacramento de la Penitencia.

Es la Sangre de Cristo la que nos alimenta y nos une a Dios, en la Eucaristía.

Es la Sangre de Cristo la que nos fortalece, consuela y sana en medio de la enfermedad, por medio de la Unción de los enfermos.

Es la Sangre de Cristo la que consagra sacerdotes de la nueva alianza en favor del pueblo santo de Dios, a través del Orden Sagrado.

Es la Sangre de Cristo la que une indisolublemente a los esposos y les concede la gracia para vivir las obligaciones matrimoniales y familiares.

Es la Sangre de Cristo, una fuente y océano inagotables de misericordia y gracia, para que cuántos la reciban puedan ser hijos de Dios.

PROPÓSITO: Rezar y ofrecer un sacrificio por los sacerdotes y las vocaciones.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, Fuente de Misericordia, sálvanos.

19. Sangre de Cristo, vencedora de los demonios

En la plaga del ángel exterminador de Egipto, los israelitas rociaron los dinteles y jambas de sus puertas, para que la muerte pasara por delante de sus casas y no les tocara.

Así, también los bautizados son señalados con la sangre de Cristo cuando el sacerdote en el ritual del bautismo hace la señal de la cruz sobre sus frentes. Somos redimidos y liberados de la posesión del Maligno. Ahora pertenecemos a Dios.

Satanás y sus ángeles actúan en el mundo y buscan que los hombres se rebelen contra Dios. El pecado mortal abre nuestra alma a la acción y dominio del demonio; por eso la Iglesia anima a aquellos que han tenido la desgracia de pecar mortalmente a confesarse lo antes posible. La mejor manera para alejarnos de la acción del maligno es vivir permanentemente en gracia de Dios, confesarse con frecuencia, asistir a la santa misa y recibir la Sagrada Comunión, leer y meditar la Sagrada Escritura y tener vida de oración cotidiana.

Además, la Iglesia nos ayuda con los sacramentales: el agua bendita, las velas bendecidas y cruces y medallas entre otros objetos de piedad bendecidos que nos protegen.

PROPÓSITO: Hacer con piedad la señal de la Cruz frecuentemente durante el día.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, vencedora de los demonios, sálvanos.

20. Sangre de Cristo, fortaleza de los mártires

Dice San Pedro Julián Eymard: “De la sangre del corazón mana la vida de los miembros, y la sangre a su vez es producto del alimento; pues nuestro alimento es Jesús, pan de vida, y sólo el que lo come tiene en sí la vida. Es el principio de nuestro poder de santidad: la unión con nuestro Señor. La nulidad, el vacío y la inutilidad de las obras obedecen a la ausencia de esta unión; imposible que la rama seca, que no guarda comunicación con la vida del árbol, pueda producir fruto.

Los frutos de la Sagrada Comunión se ven de forma extraordinaria en los mártires que ante los perseguidores desprecian su propia vida y la entregan como testimonio de su amor a Dios, sabiendo que “el Creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo les devolverá el aliento y la vida, a los que ahora se sacrifican por su ley” (Cfr. 2 Macabeos 7, 23).

El sí de los mártires en la hora de la prueba, su valentía y fortaleza ante el suplicio, tiene su fuerza en la unión con Cristo que se fortalece cada día al comulgar su Cuerpo entregado y su Sangre derramada.

PROPÓSITO: Ofrecer un sacrificio por los cristianos perseguidos en el mundo.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, fortaleza de los mártires, sálvanos.

21. Sangre de Cristo, virtud de los confesores

La Iglesia llama confesores de la fe a aquellos cristianos que en tiempo de persecución y en diferentes momentos adversos a lo largo de la historia han dado testimonio público de la verdad católica permaneciendo fieles hasta la hora de su muerte. Los confesores han sufrido ocasionalmente por la fe la prisión, la tortura, el exilio o trabajos forzados, pero sobre todo han testimoniado con su vida santa la verdad del Evangelio en la fidelidad cotidiana a sus obligaciones.

“No os sorprenda que el mundo os odie” (1 Juan 3, 13) porque la santidad cristiana siempre será contraria al espíritu del mundo, enemigo del alma. Al igual que los mártires, los confesores de la fe hallan su fuerza para permanecer fieles en el martirio de la ascesis cotidiana y contra los ataques del mundo, a veces virulentos, pero la mayoría de ellos de forma sigilosa, por su unión con Cristo y la comunión de su Cuerpo y su Sangre.

No sabemos si Dios nos dará la gracia del martirio, pero seguro que todos nosotros estamos llamados a ser confesores de la fe viviendo las virtudes y dando testimonio ante el mundo.

PROPÓSITO: Ofrecer la Sagrada Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo, por nuestra santificación y salvación.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, virtud de los confesores, sálvanos.

22. Sangre de Cristo, que engendra vírgenes

“La virginidad –dice san Agustín– es una forma especial de la continencia por la que se dedica, consagra y reserva al Autor mismo del cuerpo y del alma la integridad corporal”.

La vocación a la virginidad es una predilección divina. Es respuesta total a la llamada de Aquel que nos amó primero (1 Juan 4,19) derramando su sangre por nosotros como acto de amor.

Aquellos que deciden seguir al Cordero Inmaculado por la senda de la virginidad entregan sus personas en la totalidad de su ser, sin reservarse nada para sí, ni para nadie que no sea Dios. En el amor de Cristo que se manifiesta al darnos su propia carne y sangre en la Eucaristía encuentran la razón de su entrega, el ánimo para su oblación, el sentido de su vida inmolada.

El mundo desprecia la virginidad, porque desprecia el sacrificio de Cristo.

PROPÓSITO: Rezar y ofrecer algún sacrificio por las personas consagradas a Dios y las vocaciones religiosas.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, que engendra vírgenes, sálvanos.

23. Sangre de Cristo, constancia de los tentados

La conquista del cielo y la santidad exige lucha y combate contra los enemigos del alma –demonio, mundo y carne– que continuamente acechan para apartarnos del camino de los mandamientos de Dios. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a pedir al Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentación, porque solos no podemos resistir ni vencer.

Dios mismo permite las tentaciones para hacernos crecer en el bien. Jesús mismo permitió ser tentado por Satanás para que con Él, en oración y ayuno, y con el escudo de la verdad que es la Palabra de Dios, también nosotros salgamos vencedores.

La Sagrada Comunión, aumentando la caridad, nos perdona los pecados veniales y nos preserva de los pecados mortales, dándonos gracia para perseverar fieles y resistir en la tentación.

Si al momento de sentir la tentación, en vez de dialogar con ella, nuestro pensamiento fuese inmediatamente hacia la Sangre de Cristo, experimentaríamos con más evidencia la fuerza victoriosa de la Comunión.

PROPÓSITO: Al sentir alguna tentación, pensar inmediatamente en la Sangre de Cristo.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, constancia de los tentados, sálvanos.

24. Sangre de Cristo, alivio de los enfermos

La enfermedad es anuncio de nuestra muerte y declaración de nuestra condición de criaturas. Por el sufrimiento físico y moral que conlleva, el hombre la rechaza y busca en la medicina y en la ciencia el remedio, donde se esconde su “deseo de eternidad” pero dirigido a esta vida.

La enfermedad se ha de vivir desde Dios. Pidiendo la gracia de comprender sus designios sobre nosotros y aceptando su voluntad podemos pedir la curación.

Unidos a la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo podemos vivir el sufrimiento como medio muy eficaz para purificarnos del pecado y todo apego mundano, cooperando así en la redención del mundo. Así lo expresa San Pablo: “Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia” (Colosenses 1, 24).

“Beber el cáliz de la sangre del Señor” nos lleva a sufrir con Él, para reinar con Él; pero al mismo tiempo Él es nuestro ángel que en la agonía nos consuela y nuestro cirineo que nos ayuda con la cruz, siendo alivio en la enfermedad.

PROPÓSITO: Visitar a un enfermo como buenos samaritanos u ofrecer los achaques, limitaciones de la edad o la enfermedad por nuestra salvación y la de nuestros familiares y amigos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, alivio de los enfermos, sálvanos.

25. Sangre de Cristo, consuelo de los que lloran

En el Evangelio, Jesús declara: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mateo 5, 5).

Palabras que solo oír las de parte del Buen Pastor de nuestras almas nos confortan como el abrazo de un padre, la caricia de una madre, la palabra de aliento de un amigo.

Pero el consuelo prometido ante la experiencia universal y cotidiana del sufrimiento que nos hace llorar no es solo para vida eterna, se adelanta ya en esta vida.

Sí, Jesucristo quiso quedarse en la Eucaristía para ser nuestro consuelo en medio de este valle de lágrimas.

La Sangre de Cristo que bebemos en la comunión nos colma de toda gracia y bendición del cielo, dándonos alegría en medio del sufrimiento.

San Pío de Pietrelcina decía de la Sagrada Comunión: “Es toda una misericordia interior y exterior, todo un abrazo. Pídele a Jesús que se deje sentir sensiblemente”.

PROPÓSITO: Visitar a alguna persona que esté pasando por momentos de tristeza.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, consuelo de los que lloran, sálvanos.

26. Sangre de Cristo, esperanza de los que hacen penitencia

La pasión de nuestro Señor Jesucristo y, particularmente su sangre preciosísima, declaran la gravedad del pecado y la necesidad que todos tenemos de hacer penitencia si queremos alcanzar el perdón de nuestros pecados y la salvación de nuestra alma.

La penitencia cristiana no se entiende simplemente como un ejercicio de autodomínio o como desprecio del cuerpo, sino como la respuesta del corazón contrito y humillado que movido por la gracia quiere corresponder al amor misericordioso de Dios que perdona sus pecados. Esta penitencia conlleva un dolor de los pecados y un rechazo firme de ellos, así como el firme propósito de no volver a pecar ayudado y confiando en la gracia de Dios.

La confianza de los penitentes está puesta en la sangre de Cristo. “Por buscarme, te sentaste agotado; por redimirme, sufriste en la cruz, ¡que tanto esfuerzo no sea en vano!” –canta la Iglesia en la secuencia Dies Irae.

La impenitencia es la dureza del corazón y la resistencia a la gracia de la conversión. Es uno de los pecados contra el Espíritu Santo. Su fin es la condenación.

PROPÓSITO: Agradecer al Señor la institución del Sacramento de la Penitencia y no dejar pasar este día sin ofrecer pequeños sacrificios en reparación por nuestros pecados.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, esperanza de los que hacen penitencia, sálvanos.

27. **Sangre de Cristo, alivio de los moribundos**

La muerte es segura y llamará a nuestras puertas. La buena muerte no es morir sin dolor, sino morir en el Señor, unidos a Él, entregando nuestra vida en sus manos, confortados con los santos sacramentos y la oración de la Iglesia. Para morir bien hay que esforzarse en vivir bien.

La Iglesia asiste a sus hijos en los momentos de la agonía con los sacramentos de la Unción de los enfermos, la Sagrada Comunión y la oración, especialmente, las preces de recomendación del alma.

¡Todo ello es fuente de alivio para el moribundo que va a dejar este mundo y ha de presentarse delante del Juez de vivos y muertos! Su confianza y alivio están en los méritos infinitos de la Sangre de Cristo, que redime, purifica y nos hace santos.

Hermosa es la visión del Apóstol San Juan en el Apocalipsis al contemplar la muchedumbre de los salvados y que nos llena de consuelo: “*¿Quiénes son y de dónde han venido? Estos son los que han salido de la gran tribulación; y han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero.*” (Apocalipsis 7, 13).

PROPÓSITO: Pedir la gracia de la buena muerte e invitar a personas enfermas a recibir los sacramentos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, alivio de los moribundos, sálvanos.

28. Sangre de Cristo, paz y dulzura de los corazones

“Por Él y para Él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.” (Colosenses 1, 20).

La paz es fruto de la sangre de Cristo que nos ha hecho amigos de Dios a los que antes éramos enemigos por el pecado.

Es uno de los dones de su Pascua, ligado al sacramento de la Penitencia: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.” (Juan 20, 21-23).

Sólo en Cristo es posible la paz: reconciliándonos a nosotros mismos con nuestra propia historia y nuestra vida a través de su gracia. Así lo expresaba San Pío de Pietrelcina: “El Espíritu de Dios es espíritu de paz y hasta en las faltas más graves nos hace experimentar un arrepentimiento tranquilo, humilde, confiado, que depende precisamente de su misericordia.”

Así, el cristiano puede ser mensajero y constructor de paz a su paso.

PROPÓSITO: Como San Francisco de Asís, pedir al Señor: Hazme instrumento de tu paz.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, paz y dulzura de los corazones, sálvanos.

29. Sangre de Cristo, prenda de la Vida Eterna

La Sangre de Cristo que recibimos en la Comunión es anticipación de la gloria celestial. Cada vez que la Iglesia celebra el Sacramento de la Eucaristía dirige su mirada hacia Aquel que viene acompañado de sus ángeles entre las nubes, en una ferviente espera de su venida en majestad, para inaugurar los cielos nuevos y la tierra nueva, donde todos seamos uno en Dios.

Jesús frecuentemente comparaba el reino de los cielos con un banquete o festín, como experiencia humana de comunión, alegría, gozo, descanso, fraternidad... Por el Sacramento de la Eucaristía Él está presente en medio de nosotros, pero de forma velada, bajo las apariencias sacramentales. Al beber el cáliz de su sangre, se anticipa ya ahora en este mundo la vida del cielo: Vivir en el cielo es estar con Cristo, es una vida de comunión y amor con la Santísima Trinidad, la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados.

PROPÓSITO: En la comunión sacramental o espiritual de este día, unirnos a la adoración y a la acción de gracias de la Iglesia del cielo con la Virgen y los santos.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, prenda de la Vida Eterna, sálvanos.

30. Sangre de Cristo, que libera a las almas del Purgatorio

Enseña el Catecismo: “Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. La Iglesia llama purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados.”

Por eso, desde siempre, la Iglesia ha renovado el sacrificio de la santa misa y lo ha aplicado como sufragio por las almas del purgatorio, para que, una vez purificadas por la sangre redentora de Cristo, “puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda la limosna, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos.” (Cfr. 1030-1032)

No dejemos de ofrecer misas y otros sufragios por nuestros difuntos y, en general, por las almas del purgatorio; pues en la economía de la comunión de los santos, sabemos que ninguna gracia se pierde y siempre redunda en bien de todo el cuerpo místico de Cristo.

PROPÓSITO: Ofrecer la misa de hoy u otro sacrificio por las benditas almas del purgatorio.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, que libera a las almas del Purgatorio, sálvanos.

31. **Sangre de Cristo, dignísima de toda gloria y honor**

El papa Juan XXIII fue, en los últimos tiempos, un gran impulsor de la devoción y adoración a la Sangre del Salvador. Sirvan sus palabras en la Carta Apostólica “*Inde a primis*” para afianzar y excitar en nosotros esta devoción: “La Sangre de Cristo, precio de nuestro rescate, prenda de salvación y de vida eterna, ha de ser objeto de más devotas meditaciones y más frecuentes comuniones sacramentales por parte de los fieles, reflexionando en el valor sobreabundante, infinito, de esta Sangre verdaderamente preciosísima, de la cual una sola gota puede salvar al mundo de todo pecado, como canta la Iglesia en el *Adoro te devote*. Porque, si es infinito el valor de la Sangre del Hombre Dios e infinita la caridad que le impulsó a derramarla desde el octavo día de su nacimiento y después con mayor abundancia en la agonía del huerto, en la flagelación y coronación de espinas, en la subida al Calvario y en la Crucifixión y, finalmente, en la extensa herida del costado, como símbolo de esa misma divina Sangre, que fluye por todos los Sacramentos de la Iglesia, es no sólo conveniente sino muy justo que se le tribute homenaje de adoración y de amorosa gratitud por parte de los que han sido regenerados con sus ondas saludables.”

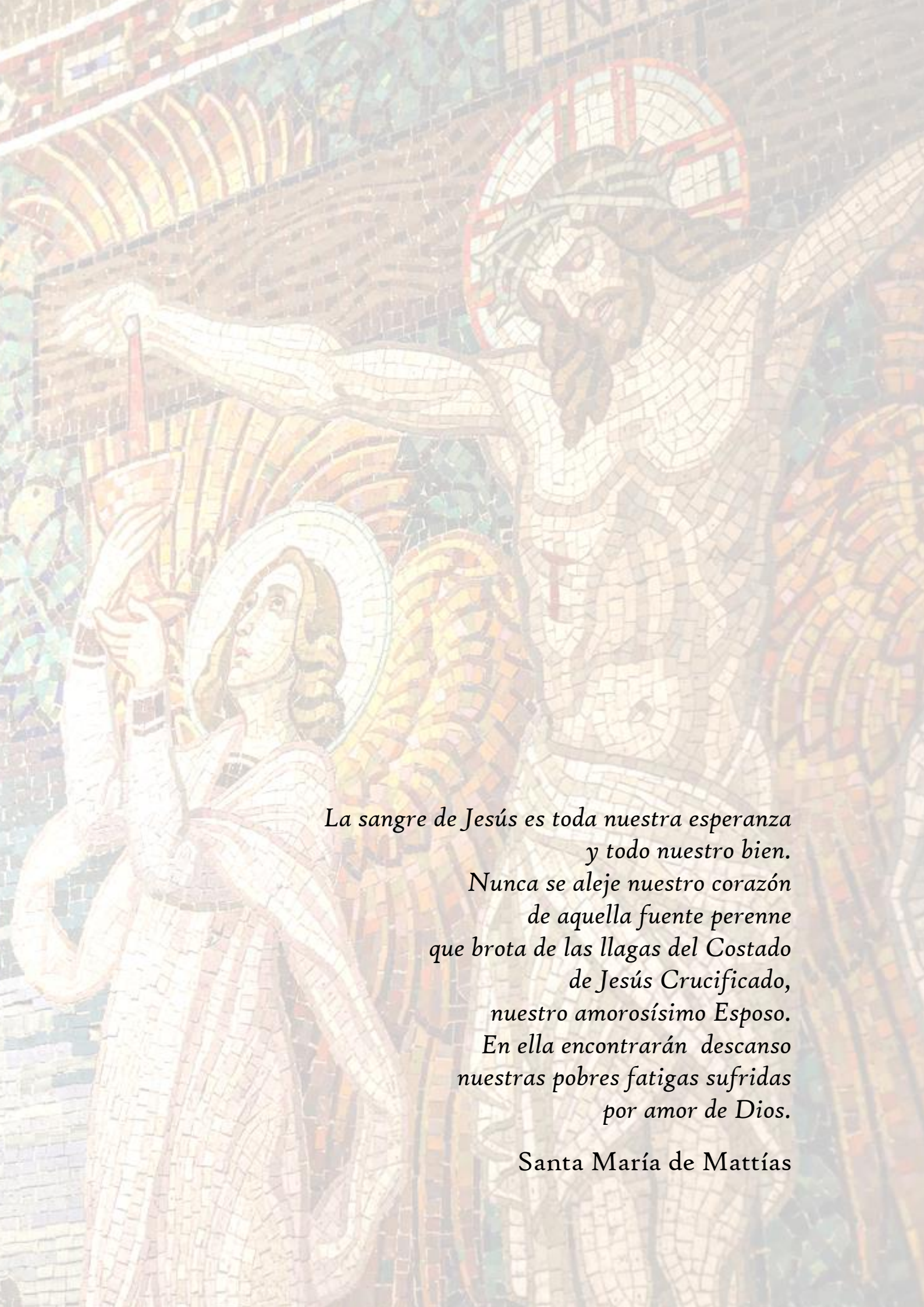
PROPÓSITO: Mantener nuestra devoción de la sangre de Cristo todos los días, particularmente en el momento de la comunión y considerar los beneficios que el Señor se ha dignado concedernos por su preciosa Sangre, siendo agradecidos, dándole gloria y honor con nuestra vida.

JACULATORIA: Sangre de Cristo, dignísima de toda gloria y honor, sálvanos.

OH PRECIOSA SANGRE DE MI SEÑOR

Oración de San Gáspar de Búfalo

Oh, preciosa sangre de mi Señor,
que yo te ame y te alabe para siempre.
¡Oh, amor de mi Señor convertido en una llaga!
Cuán lejos estamos de la conformidad con tu vida.
Oh Sangre de Jesucristo, bálsamo de nuestras almas,
fuente de misericordia, deja que mi lengua,
impregnada por tu sangre
en la celebración diaria de la misa,
te bendiga ahora y siempre.
Oh, Señor, ¿quién no te amará?
¿Quién no arderá de agradecido afecto por ti?
Tus heridas, tu sangre, tus espinas, la cruz,
la sangre divina en particular,
derramada hasta la última gota,
¡con qué elocuente voz grita a mi pobre corazón!
Ya que agonizaste y moriste por mí para salvarme,
yo daré también mi vida, si será necesario,
para poder llegar a la bendita posesión del cielo.
Oh Jesús, que te has hecho redención para nosotros,
de tu costado abierto, arca de la salvación,
horno de la caridad,
salió sangre y agua, signo de los sacramentos
y de la ternura de tu amor,
¡Seas adorado y bendecido por siempre, oh Cristo,
que nos has amado y lavado en tu preciosísima sangre!
Amén.



*La sangre de Jesús es toda nuestra esperanza
y todo nuestro bien.
Nunca se aleje nuestro corazón
de aquella fuente perenne
que brota de las llagas del Costado
de Jesús Crucificado,
nuestro amorosísimo Esposo.
En ella encontrarán descanso
nuestras pobres fatigas sufridas
por amor de Dios.*

Santa María de Mattías